



## LECTURAS PARA VACACIONES

**WASHINGTON.**—Para la lectura ligera, propia del verano, recomendamos los siguientes libros: Lo que usted desea saber acerca de los calcetines, pero teme preguntar, del doctor David Supphose. Se trata del primer libro no censurado acerca de esta materia, en el que el lector encontrará la forma de extraer de los calcetines el máximo placer sin que por ello se sienta culpable. El libro orienta sobre cuándo y con quién han de usarse los calcetines, y cuándo y con quién no deben ser usados. Encierra capítulos como "¿Son los remedios saludables o no?", "Cosas excitantes que cabe realizar con los tobillos", "La parte erógena de sus talones" y otros, como el que ilustra sobre las posibilidades de placer que encierran los dedos de los pies antes de que su dueño se ponga los calcetines.

Contra la pared del kindergarten, libro originado por las notas que tomó en su diario Haspel Short, de seis años de edad, cuando la famosa captura —en la pasada primavera— que tuvo por escenario el kindergarten de Haxthorne. El libro constituye la primera versión de los hechos, presentada desde el punto de vista de un estudiante. Los disturbios tuvieron por causa un hecho minúsculo: la administración sustituyó la leche malteada por leche pura sin previa consulta de las alumnas. Muchos de éstos rehusaron beberla, por lo que la maestra, Jean Brodie, los acusó al director, Marcus Chips. Cuando éste se presentó ante los estudiantes con la amenaza de que, de persistir en su rebeldía láctea, podrían ser expulsados del establecimiento, uno le gritó: "¡Adiós, Marcus!", y él, rebasado en su autoridad, no tuvo más remedio que llamar a la guardia nacional, que puso a raya a los estudiantes contrarios a la leche pura adoptada autoritativamente. El joven autor Haspel Short escribe con un humor no exento de desesperación: "Quizá por haber dado por descontado el programa de la leche en los kindergarten durante tanto tiempo estamos ahora recogiendo sus tempestuosas consecuencias".

Otro libro muy apto para la estación calurosa es La madrina, por Mario Whuzco: novela excitante en extremo, que tiene por protagonista a la jefe de la logia femenina número ocho, auxiliar de la Mafia. Rosina Nirvana comenzó como una jovencita cualquiera, reparando chálacos a prueba de bala con destino a una numerosa familia de Brooklyn. Luego se convierte en protegida de Nostra María, que preparaba vendas para los hermanos Luchese. Un día se descubre el cadáver de Nostra María en el río del Este, Nueva York, con una máquina de coser atada al cuello, y Rosina Nirvana pasa a ser la madrina del cuerpo auxiliar femenino de la Mafia. La novela descubre, con simpatía y comprensión, lo que significa para las mujeres el vivir en perpetua espera, mientras sus esposos andan por ahí, tratando de cobrar difíciles deudas. Juramentadas para sobrellevar su dolor en silencio, se dedican a obras benéficas a favor de las viudas y huérfanos de los denunciadores que sus maridos tuvieron que enviar al seno de la Gran Madre, del cielo.

Presidente por una semana, debido a la pluma de George Shrimpton, que jugó al fútbol con los Gigantes de Nueva York, peleó con Cassius Clay, dirigió el ballet Bolshoi y secuestró un avión que hizo aterrizar en Cuba. El libro más divertido que se haya escrito jamás acerca de lo que es ser Presidente de los Estados Unidos. George persuadió al Presidente Nixon a que se quedara por espacio de una semana en Cayo Biscayne, mientras él se encargaba de regir al país. Naturalmente, todo lo que hizo lo hizo mal. Los cómicos incidentes se suceden sin pausa. Primero saca de la Casa Blanca a Billy Graham. Luego empalma el teléfono de la Agencia Central de Inteligencia con la llamada "línea caliente", terminada en Moscú. Después asume el control del avión presidencial y está a punto de ser derribado en Pekín. Su ignominioso final sobreviene cuando el 4 de julio declara que es día de trabajo para los empleados públicos, con lo que malogra la única oportunidad del Presidente Nixon de aunar el país.

(Copyright 1970, The Washington Post Co.—Distribuido por Editors Press Service Inc.—Agencia Zardoya.)

Radicalmente separado de este teatro, tendríamos ese otro que renuncia de forma clara, sin sostener por un momento el engaño, a cualquier amago de expresión cultural. Un teatro de formas muy específicas, vacío, generalmente asistido por las clases populares. El que este teatro populachero consiga interesar a las masas es algo que rompe los optimistas esquemas sobre las peticiones culturales de las «clases ascendentes»; ello sólo es la prueba de que tales esquemas no sirven, son falsos, en la medida en que desatienden la actual situación cultural de unas masas que encuentran en la revista y en el espectáculo folklórico una compensación sexual o una vaga sublimación de su frustrado patriotismo.

El «subteatro» vendría a ser así una constatación del desorden sociológico, un testimonio de la decadencia del grupo rector —en el caso del subteatro burgués— y de la inexistencia del teatro popular. Testimonios coherentes entre sí, de los que puede deducirse todo antes que una contemplación deshistorizada y peyorativa de los «gustos populares», o, en el sentido opuesto, caer en la incongruencia de criticar una realidad social que se desentiende de los más débiles, al tiempo que atribuimos idealmente a éstos una lucidez que nuestra propia crítica declara imposible. Vayamos, pues, con el «subteatro» más aparatoso; consideremos sus vinculaciones sociológicas como un resultado de las posibilidades y niveles de expresión cultural de que hoy disponen las clases sociales, en función del juego económico y político existente al margen del teatro; dejemos de lado esta vez a todo ese subteatro que, en más de un caso, se ve incluso legitimado por los olores de la Real Academia. Volver sobre este punto sería el cuento de nunca acabar, ocasión de repetir mucho de lo que ya dije en «30 años de teatro de la derecha», y aquí se trata de hablar de ese teatro que exhibe, sin rubor alguno, su condición de «subteatro», su abandono de toda pretensión cultural y su función enajenante.

### Patriotería, pueblo y folklore

España no hay más que una, ya lo puede usted decir. Y nada es comparable a la mujer española, al vino español, a la copa española, al sombrero cordobés, al sol andaluz... Categorías absolutas, tesoros naturales, gracias de Dios. Ser español es un privilegio —¡oh, la Historia!— y hay

que justificarlo. La realidad social, los problemas del reparto y de la convivencia dependen de factores que la inmensa mayoría de españoles considera ajenos a sus posibilidades y responsabilidades. Tampoco es posible atenerse a ciertas interrogaciones de una élite, variables con los tiempos o las modas y ligadas a una trayectoria cultural que ni vive ni entiende esa inmensa mayoría. Cabría, por supuesto, como hizo en su día el mejor cantante flamenco, rebelarse contra las circunstancias contingentes, cantar o bailar los problemas inmediatos, los que llevan a cambiar el sol andaluz por la fría Alemania, el Miño por Venezuela, la tierra en que se nace por un buen jornal catalán. Pero esto presupondría una conciencia política y una proyección del proletariado sobre la vida española que no corresponden a nuestra realidad. ¿Cómo ligar, por otra parte, esa problemática inmediata con nuestros privilegios históricos? ¿Cómo entender que ser español es lo más grande de este mundo y, al mismo tiempo, sentirse inferior a cualquier obrero del Occidente transpirenaico? Las grandes categorías acuden en nuestro socorro. Lo español resulta, en sí mismo, sin necesidad de más razones, magnífico. Frente a la España «negra», la España «blanca» o «azul celeste»; frente a la amargura sistemática, el optimismo radical, consecuencias lógicas de la ausencia de la España crítica, que aúne el lógico amor a la propia tierra y a la propia historia con una contemplación crítica de sus problemas.

España no hay más que una. La mayor parte de nuestro subteatro anda cargado de esa barata patriotería. Todo nuestro pueblo parece necesitado de que se le repita mil veces que vive en una tierra afortunada. Una tierra que compensa con creces cualquier calamidad biográfica. ¿Quién se atrevería, por ejemplo, a tomarse en serio la «laboriosidad» catalana o la industrialización vascongada? Eso suena a mal sermón, por cuanto hace alusión a los resultados de una actividad humana. Lo que llena nuestros escenarios populacheros —desde la increíble canción a la «banderita española» de «Las corsarias» a las canciones de Manolo Escobar— es el canto superlativo a las imágenes inmóviles y abstractas de nuestra grandeza.

Por ello no es extraño que haya sido Andalucía, una de las tierras más pobres y una de las sociedades más estancadas de España, la que, finalmente, haya impuesto su máscara como rostro de nuestro pueblo. En ningún lugar como en Andalucía los bie-